

VIERNES SANTO - 2013

El Viernes Santo es el día en el que la Iglesia celebra la pasión y la muerte del Señor que ocurrió el 14 de Nisán judío, que aquel año fue viernes, siendo Poncio Pilato procurador de Judea.

1.- Jesús murió en la cruz

Jesús ha sido crucificado. Su cruz es levantada entre el cielo y la tierra. “Cuando sea levantado atraeré todos hacia mí”, había dicho Jesús.

En la cruz Jesús dice siete palabras:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc.23,34)

“En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc.23, 46)

“Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu madre” (Jn.19,26-27)

“Tengo sed” (Jn.19,28).

“Todo está cumplido” (Jn.12,39),

“¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mc.15,34)

“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc.23,46).

Y dando un grito, entregó su espíritu. Y un soldado le abrió el costado con su lanza y al instante salió sangre y agua”.

2.- Jesucristo nos salvó por su muerte.

La Liturgia del Viernes Santo nos invita a mirar a Cristo Crucificado: “mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo”. La Iglesia se ha comprometido en dirigir la mirada del hombre hacia Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la Redención que se realiza en Cristo- Jesús.

San Pablo afirma que la cruz de Jesucristo es un acontecimiento salvador que cambia radicalmente al hombre y al mundo: “La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios...Así mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (ICort.1,18.22-24).

La cruz del Señor ha pasado de ser suplicio ignominioso y escandaloso a cruz de salvación: “salve, cruz, esperanza nuestra”. “Resplandece el misterio de la cruz”. El leño seco de la cruz se convierte en el árbol frondoso de la vida y de la gracia. Del costado abierto de Jesús brotan manantiales de salvación.

Ahora bien, la cruz del Señor no se entendería sin la resurrección; la cruz no tiene sentido sin la resurrección: “si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe; aún estamos en los pecados”. Nuestra redención, por tanto,

procede del vínculo entre la cruz de Cristo y su resurrección de entre los muertos.

4.- Y María estaba de pie junto a la Cruz de Jesús, su Hijo.

María estaba en el Calvario, junto a la cruz de su Hijo. Ella es la mujer fuerte. María contempla y calla. Ella es la celebrante silenciosa del misterio que ella acoge y al que se entrega. Ella es la mujer orante. Su oración es amor, consentimiento, inmolación. Ahora se cumplen las palabras que Simeón dijera en el Templo: Este niño está puesto para caída y levantamiento de muchos” y “una espada atravesará tu corazón”.

El Concilio Vaticano II enseña que “María mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde no sin designio divino, se mantuvo de pie, se condolió vehementemente con su Hijo, y se asoció con corazón materno a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma y, por fin, fue dada como Madre al discípulo amado por el mismo Cristo Jesús” (LG 58).

María hizo suyos y compartió los dolores y sufrimientos de su Hijo clavado en la cruz. Pero también al pie de la cruz la unión de María con Jesús, su Hijo, no se daba sólo en el ámbito psicológico natural... ”María tiene también por su fe una relación interna con el significado salvífico de la Pasión de Jesús... María se entregó enteramente a sí misma y a su propio Hijo a la soberana voluntad de Dios, por más que en ese momento la voluntad de Dios, que era el único que podía salvarle, resultase incomprensible” (G.L.Müller).

IV.-COMPROMISOS CRISTIANOS.

1.- Acoger los frutos de la Redención de Cristo

Nuestra mejor respuesta a la entrega victimal y redentora de Jesucristo ha de ser ésta: recibir y acoger con fe y gratitud los frutos que brotan del la Cruz del Señor:

Arrepentirnos de nuestros pecados y vivir como hijos de Dios

Asumir el dolor humano y esforzarnos en suprimirlo, poniendo nuestra vida al servicio de los sufrientes y crucificados, de los perseguidos y marginados de la historia de ayer y de hoy.

2.- Abrazarnos con Jesús y como El a la Cruz

En este día y desde la cruz, somos invitados por el Señor a abrazarnos a su Cruz. Esto significa que hemos de estar dispuestos a:

Desprendernos de todo signo de egoísmo, soberbia, endiosamiento.

Humillarnos hasta llegar a ser el último de todos, el servidor de todos

Entregar la vida por los demás.

3.- Asumir el sufrimiento para suprimirlo

La cruz de Cristo nos recuerda que hay un sufrimiento que es preciso asumir y suprimir: es el dolor injusto e impuesto a tantos seres humanos y a tantos pueblos. Es más fácil desde luego cerrar los ojos para no ver, cerrar los oídos para no escuchar y hundirnos en nuestro egoísmo.

El que sigue a Cristo crucificado no puede ser indiferente al sufrimiento de las gentes y de los pueblos. El discípulo del Crucificado ha de hacerse no sólo sensible, sino también vulnerable al dolor de los demás: sufre con el dolor del hermano, se solidariza con los crucificados y lucha de forma cristiana para que “cada vez sea más imposible que unos hombres crucifiquen a otros” (L. Boff).

4.- Humanizar el dolor inevitable y hacerlo instrumento de redención

Tarde o temprano todos nos vamos a encontrar con el sufrimiento propio de nuestra condición humana (enfermedad, desgracias, vejez, muerte...). En estas condiciones hay que asumir este dolor de forma adecuada y correcta: abrirnos silenciosa y confiadamente al misterio de un Dios que, en un amor infinito al hombre, ha querido compartir nuestro sufrimiento.

5.- En la esperanza de la resurrección

Ni el dolor, ni la muerte son las últimas palabras sobre el hombre ni sobre la historia. Olvidamos tal vez que Dios resucitó al Crucificado. Por eso, tenemos que afianzar la convicción de que caminamos hacia la resurrección gloriosa en la medida en que nosotros asumimos una vida crucificada por los demás.

Potenciamos, también, la esperanza que está contenida en la cruz. Los que siguen a Cristo crucificado no sufren como derrotados, sino como portadores de una esperanza, aunque ésta a veces sea una esperanza crucificada.

6.- En comunión con María.

Los discípulos de Jesús hemos recibido el regalo que nos ha hecho Jesús: su Madre. Con el apóstol Juan hemos escuchado las palabras de Jesús: “ahí tienes a tu Madre”.

Esperemos como ella y con ella la resurrección de Cristo.

Potenciamos la dimensión mariana de nuestra vida.

Florentino Muñoz Muñoz